

sería tan ridículo como el que sistemáticamente se opone a las nuevas escuelas literarias, encontrando en ellas indefectiblemente el absurdo. Ni en uno ni en otro extremo; con la más amplia libertad de nuestras fuerzas mentales, observaremos, en Andrés Avelino, lo que nos ha parecido digno de observarse. Y ahora, prosigamos.

Bastan estas citas fundamentales para comprender que la evolución *hacia adentro*, iniciada desde antes de 1900, ha encontrado abierto campo en los temperamentos de Latino-América y el Viejo Mundo. Ha transcurrido desde sus primeras manifestaciones un cuarto de siglo, y hay quienes se extrañan de tantas escuelas literarias sin hallarles explicación ni propósito ni origen.

El movimiento, digamos, ese fenómeno, ha seguido su curso; hoy con razón se le ha llamado desbordamiento; y es que sus manifestaciones son poderosas y múltiples: nos circunda, nos sorprende en nuestro más escondido retiro, y nos envuelve, nos arrolla, llega a atolondrarnos. Hay cierto romanticismo que no es romanticismo, una especie de suprasensibilidad que pudiéramos llamar ingenua; no encontramos hoy día poetas, poetas de las nuevas generaciones, que nos hablen, como antaño, de las bellezas externas y vibrantes de la naturaleza que nos rodea; (no voy al decir así con la filosofía estricta que admite al hombre apartado de la naturaleza); todos nos hablan de lo que un recuerdo, una emoción, les hace descubrir en su alma, algo que está ligado con su vida, con lo más profundo de su vida, con su alma, en fin, que es decir, con la vida de todos, y que son precisamente los puntos de relación en que se esconden los principios vitales de todos los seres, de todas las cosas del universo, acercándose así a los oscuros e insondables misterios.

Este fenómeno que se opera en la poesía de nuestros tiempos se nos presenta en muy diversos aspectos, muy distintos puntos de vista que pueden y deben contemplarse, y que, aunque diferentes entre sí, tienen el mismo origen, llevan una misma fuerza, representan el mismo hecho de la evolución *hacia adentro*;—y van, indudablemente, a un mismo fin, a un fin común lejano, aún cuando pareciera que las corrientes divagan hacia distintos rumbos.

Las diferencias que se notan entre unos y otros, son, podemos adivinarlo, únicamente de forma. En la poesía nueva encontraremos diversidad de formas, o digamos más claramente, diversidad de «recursos» de los poetas; podríamos aquí enunciar algunos de esos recursos, en términos generales; sus efectos, sus perfecciones de expres-

sión, sus cualidades de certeza y precisión se discuten y analizan corrientemente con admirable criterio, y en eso no entraremos durante el curso de estos apuntes, en la dirección de estas ideas. Lo otro, lo que causa la imperiosa necesidad de esos recursos, esto es, la influencia de la evolución hacia adentro, es lo que trataremos de examinar siguiendo las páginas del libro de Andrés Avelino, y sin que tengamos para ello ningún antecedente que pueda servirnos de orientación.

Algunos de esos «recursos» podríamos enunciarlos aquí; obedecen ellos a las diversas condiciones de inteligencia, ilustración, o imaginación de quienes escriben; los poetas expresan, o intentan expresar, la profundidad que descubren en su alma, en la forma que mejores condiciones ofrece a su intelecto, o que mejor comprenden; los unos externalizan sus concepciones en las difíciles espontaneidades del verso libre; otros recurren a frases incoherentes al parecer y que a primera vista causan antipatía; los hay que, con el mismo fin que éstos, de dejar a la capacidad receptiva del lector la adquisición de ideas que pueden concebirse en múltiples formas, y que, por consiguiente, no pueden ni deben precisarse, inventan términos y giros de palabras y hasta frases enteras que suscitan el advenimiento de ideas que se sugieren; hay quienes, más incomprensibles aún, colocan las palabras sueltas, regadas, a veces una en cada página, a veces agrupadas dibujando círculos, triángulos, arañas, torres, etc., y ofreciéndonos una literatura a veces ridícula, a veces hasta indecorosa. Y el estado de ánimo, ante estos hechos es el mismo —¡Dios mío!— que se tuvo ha poco con Rubén. Otra vez la posición acomodaticia en que nos colocaron desde la escuela primaria; nada más cómodo que, sencillamente, opinar que todas esas cosas son absurdos, sin examinar siquiera uno de sus puntos primordiales, sin haberlos visto siquiera, sin saber siquiera que existen. Darío, y Rueda, tuvieron muchos absurdos, seamos menos rigurosos, incurrieron en muchos errores; pero esos pocos errores, no son inconveniente para que ellos sean los innovadores de nuestra poesía moderna; y errores todos los genios los han cometido; mas no conoceremos los errores de nadie sin haber conocido sus cualidades.

Un argumento en contra de las nuevas escuelas literarias podría surgir en este momento, y es la complejidad de ellas. Es un argumento de crítica fácil; la complejidad significa en quien la atribuye un mucho de incompreensión; quien la objete se coloca en un caso algo semejante a los que increpan a las nuevas escuelas porque no se entiende lo que dicen. Sin em-

bargo, el punto tiene un aspecto importante, y es saber hasta dónde la complejidad es defecto de quien la encuentra, y desde cuándo es capacidad superior o categórica en el artista; mas a este aspecto tan importante de la crítica no se llega cruzándose de brazos y emitiendo una opinión inmediata, sino por medio de un serio examen del asunto.

Clarín admitía desde sus tiempos que el arte sería cada vez más complejo; y agrega: «la falsa sencillez a que aspiran, como a irracional y delérea reacción, los perezosos y los impotentes, no será más que uno de tantos tópicos, como inventa el ingenio secundario, que es el que siempre se opone a la corriente poderosa que señala la dirección del progreso». Y, además, cuántas cosas nos gustan por su sencillez; cuántas por su vibrante claridad; cuántas por lo complejas; cuántas por lo compendiosas; cuántas por su sombrío misterio; y en todas ellas, es el arte el que nos hace vibrar el alma.

Para hacer un ensayo de señalar en los versos de Avelino la influencia de la evolución *hacia adentro*, no en cuanto a los recursos, sino en cuanto al fondo, hemos agrupado los versos de «Fantaseos» en cuatro grupos, que obedecen a cuatro grados de elevación o intensidad: 1º Expresión de lo que llamaríamos «inexpresable», o difícil de expresar; ese estado de alma en que nos decimos: siento, o veo, algo que no puedo expresar. 2º Revelación de los matices del alma del artista; con motivo de acontecimientos de la vida que se han grabado en el alma y que, ya por la significación que tuvieron, ya por la estación o el lugar, ya por cualquiera otra causa, dejaron en el sujeto cierto carácter, cierto concepto mental, un matiz indeleble, que imprime color a todas las ideas correlativas; y aquí, no sólo el tiempo, ni sólo el decorado de la escena; también nuestro pensar, nuestro sentir, desde luego; pero, además la significación que el hecho tuvo en la evolución del alma. 3º Expresión de los hechos emocionantes sin expresar la emoción; el poeta no nos describe su emoción, sino los hechos que tienen la facultad irresistible de causarla; hay como una serenidad en el ánimo del poeta. Y 4º Observación de los motivos irreales; de esos hechos que se suceden sin que sepamos por qué, ni para qué, ni cómo, y que parecen obedecer a fuerzas desconocidas.

Y antes de ilustrar con algunos ejemplos, cabe observar, primero, cuán estrictamente las agrupaciones se suceden hacia una elevación desde otra elevación; del dominio de las fuerzas intelectuales, que permite la expres-